

XXIX Domingo (T.O. – B)

21/10/2012

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

La primera lectura forma parte de lo que se ha dado en llamar “cantos del siervo”, unos textos del libro de Isaías en los que desde muy pronto, los cristianos vieron profetizados los sufrimientos de Cristo. Este es un hecho para reflexionar, porque para los judíos la enfermedad y el dolor, la pobreza, el fracaso... eran signo del rechazo de Dios por el pecado. Y, para los judíos que rechazaron la fe, la muerte de Cristo – juzgado por el Sanedrín, declarado blasfemo y condenado por ello– no era otra cosa que la señal de que Dios mismo lo había condenado. Más aún, había un antiguo texto de la Escritura que decía “maldito el hombre que cuelga del madero” (cf. Dt 21,23), maldecido por Dios...

Sin embargo, los apóstoles, los discípulos y todos aquellos primeros judíos que después de la resurrección aceptaron la fe, enseguida recordaron textos de la Escritura, como éste de Isaías, que les hicieron entender que Jesús, el que habían conocido, al que muchos habían visto clavado en la cruz, era realmente el Mesías prometido, ahora, un mesías sufriente. Los sufrimientos de Cristo y su cruz dejaban de ser así una acusación contra la fe cristiana y se convertía en su confirmación: Este Jesús, que sufrió y murió en la cruz, no ha hecho otra cosa que cumplir las Escrituras, cumplir lo que estaba escrito de él. Él es, pues, el verdadero Mesías, a quien todos debemos rendir el homenaje de nuestra fe.

Aquellas antiguas profecías les ayudaron a sobreponerse al escándalo de la cruz, comprendiendo que formaban parte del plan de Dios, les ayudaron a entender el misterio del que habían sido testigos, el significado de la muerte y resurrección de Cristo. Y les ayudaron a anunciar al Buena Nueva a sus hermanos y amigos: “En Cristo se han cumplido todas las Escrituras. No tenemos que esperar a otro”.

Pero esto nos lleva al contenido propio de la lectura de Isaías, una vez que identificamos lo que allí se dice con el Hijo de Dios hecho hombre, con Jesús: “Quiso Dios triturarlo con sufrimiento y entregar su vida como expiación”.

¿Qué es lo que se nos pone delante? Un gran misterio: que Dios Padre decretase la salvación del hombre, culpable, a través del dolor de un inocente, a través del dolor de su Hijo. Debemos gravarnos esto bien en la cabeza: si nosotros tenemos futuro, si el horizonte de nuestra vida no es la muerte, no es la destrucción, es sólo gracias al sufrimiento redentor de Cristo. Su sufrimiento nos ha traído a nosotros la salvación. Es

el misterio de la expiación vicaria de Cristo, esto es: que él paga en nuestro lugar, o si queréis: que él sufre en nuestro lugar las consecuencias más terribles de nuestro pecado, pagando por nosotros, reconciliándonos con Dios, devolviéndonos a la amistad con Dios y abriendo para nosotros un horizonte que el pecado había cerrado sobre nuestras cabezas, el del cielo. “Él ha pagado por nosotros al Eterno Padre, la deuda de Adán”.

Para nosotros es un misterio porque no llegamos a comprender el hecho mismo de que un inocente pueda cargar con los crímenes de los culpables y pagar por ellos. Pero es sobre todo un misterio que Dios determinase que fuese su Hijo Amado, el Inocente, el que pagase por todos nosotros, pobres criaturas y culpables. Es además un misterio presente, porque el sacrificio de Cristo, que se ofrece al Padre en lugar nuestro, se renueva en cada eucaristía. En cada eucaristía se hace presente el acontecimiento de la cruz: “Éste es mi cuerpo, que se entrega por vosotros... Ésta es mi sangre..., que se derrama por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados”.

Es un misterio de elección y de amor sobre nosotros, de una elección y de un amor incomprensible: el del Padre que tal cosa decretó para nuestra salvación y del Hijo hecho hombre que aceptase este designio de su Padre. “Mi siervo justificará a muchos por que cargó con los crímenes de ellos”. La injusticia de nuestro pecado se transforma: somos convertidos en justos por la fuerza de la justicia del amor de Cristo en la cruz.

Este es un misterio para contemplar y para dar gracias cada día de nuestra vida. ¿Qué vio en nosotros Dios para decretar nuestra salvación a través de la muerte de su Hijo? ¿Qué vio en nosotros el Hijo de Dios para aceptar estar en nuestro lugar y pagar con su sangre nuestras deudas? ¿Qué vio en mí? ¿Qué vio en ti? ¡Piénsalo! Es un misterio insondable de amor. Sólo podemos admirarnos y dar gracias, guardar silencio ante un amor tan inexplicable, enmudecer, y dar gracias.

Pero además es un misterio de amor que funda nuestra esperanza. Nuestra esperanza en que Dios no nos rechaza a pesar de nuestros pecados y nuestra esperanza de que, a pesar de nosotros mismos, el verdadero fin de nuestra vida es no la destrucción, sino la vida plena de Dios. Esta esperanza sería vana si Cristo no nos hubiera mostrado un amor más grande y más poderoso que nuestros pecados en la cruz. Sería vana si la marca de la cruz, la marca del amor de Dios, se borrara de nuestra alma, de nuestro corazón, de nuestra memoria. Si perdemos dentro de nosotros esta vinculación con la cruz de Cristo, nuestra esperanza será vana, nuestra esperanza se esfumará.

Por el contrario, con la memoria de la cruz grabada en nuestra alma, acogida con toda la fuerza de nuestro afecto en el corazón, memoria que se renueva en cada

eucaristía, podemos mantener la fe. De eso habla la segunda lectura: “Hermanos [dice], mantengamos la fe”. La fe es la confianza en Dios, pero la fe es también el movimiento del alma que se dirige a Dios. Nosotros somos hombres de fe no sólo porque confiemos en Dios, sino porque después de que él ha venido hasta nosotros y nos ha amado hasta el extremo, también nosotros hemos tomado como rumbo de nuestra vida a Dios mismo y nos dirigimos hacia él.

Pues dice: “mantengamos la fe”, porque tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado los cielos”. Y también: “no tenemos un sumo sacerdote que sea incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino... Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente”.

Se habla de otro de los aspectos impresionantes de la cruz. El hecho de la eficacia de su sacrificio. El sacrificio de Cristo en la cruz ha sido eficaz. Él, que se ha puesto en nuestro lugar, que ha soportado por nosotros las consecuencias de nuestros pecados, no ha quedado destruido por la muerte, sino que ha resucitado y como nuestro representante, como nuestra cabeza, como nuestro sumo sacerdote, es decir, el que intercede por nosotros ante Dios, ha resucitado y ha alcanzado a Dios mismo. Desde este mismo instante, desde el mismo instante de la resurrección de Cristo, nuestra meta es el seno mismo de Dios. Allí está nuestra cabeza y allí estarán sus miembros, allí estaremos los que permanezcamos unidos a él. Por eso se nos invita a mantener la fe, a continuar nuestro camino hacia el cielo.

Y fiados además de que este Sumo Sacerdote se compadece de nosotros, porque ha asumido nuestra naturaleza y sabe de nuestra debilidad, sabe de la fuerza del pecado sobre nosotros y de nuestra pobreza, se nos invita a continuar el camino de la fe hasta su fin que es Dios, y se nos invita a hacerlo confiado en la compasión de Cristo y a hacerlo acudiendo a recibir la gracia, la fuerza, el amor de Dios que nos permita llegar hasta el final: “acerquémonos con seguridad al trono de gracia para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente”. El trono de la gracia es la cruz, donde el Rey del Universo derrama su gracia y su misericordia. Y lo hace mediante los sacramentos. El sacramento de la penitencia nos entrega la misericordia de la cruz y el sacramento de la Eucaristía nos entrega toda la gracia y el poder su amor, para que nos habite y viva en nosotros.

Pero queda el Evangelio, que nos muestra el camino hacia el cielo y el modo de andarlo, porque no somos meros espectadores pasivos, sino porque justamente nuestra fe indica un camino que debemos andar, es un camino, y la caridad de Cristo es el modo de andar este camino.

Los discípulos se acercan a Jesús para pedirle un puesto de honor en un reino de este mundo, pero Jesús les habla de honores de un mundo muy superior a este, del Reino del Cielo, de la vida trinitaria. Y es que lo que Dios ha preparado para nosotros es mucho mejor, más alto y más valioso que todo lo que nosotros podamos imaginar. Esta es la gran diferencia entre la mirada de Jesús y nuestra mirada: nuestra mirada alcanza muy poco, la de Jesús llega al seno de Dios y pone allí nuestra meta. No en reinos de este mundo, no en goces o en honores de este mundo, sino en el seno de Dios.

Pero hay otra gran diferencia fundamental: el camino y el modo de andarlo. Jesús lo dice en tres palabras: “No sabéis lo que pedís”. No sabéis que vuestra verdadera meta es el cielo, y tampoco sabéis que para llegar a lo más alto hay que caminar por lo más bajo. No sabéis que para reinar conmigo, debéis servir conmigo, amar conmigo, sufrir conmigo, padecer conmigo, entregaros conmigo.

Los que tienen objetivos meramente mundanos, los que buscan dignidades y poder y gloria en este mundo, tiranizan y oprimen a los hombres para conseguir sus fines, pero vosotros, que aspiráis a otra gloria, una gloria verdadera, nada de eso: el que quiera ser grande que sea vuestro servidor; el que quiera ser primero, sea el esclavo de todos.

Es un camino costoso para nuestra sensibilidad. Sin embargo hay algo que endulza lo áspero que resulta esto para nuestra sensibilidad: Jesús, que no sólo nos ha dado ejemplo, sino que hace este camino con nosotros, mejor, nosotros con él: “porque el hijo del hombre no ha venido a para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos”. Es una invitación a caminar con él y a compartir su camino, su entrega por todos y su victoria.

Con lo cual hemos llegado al comienzo: al misterio del sufrimiento vicario de Cristo, pero ahora un sufrimiento vicario del que nos hace partícipes a nosotros a quienes ha llamado a participar de su vida. Es un camino difícil que repugna la sensibilidad del hombre, pero no la sensibilidad de aquel que ama a quién le amado antes y de forma tan tremenda en la cruz, no la sensibilidad de quien tiene ya sus ojos y su corazón puesto en el cielo, junto a él.

Alabado sea Jesucristo.

P. Enrique Santayana C.O.